

Entrando en los Campos de la Pobreza y de la Resurrección

Publicado por Kevin Wells el Jueves 9 de Julio de 2020 a las 3:41 AM

“El tiempo aquí es como el perfume de Magdalena; es precioso para nosotros.”

En una capilla vacía en la miserable Banneux, Bélgica, Aloysius Schwartz hizo un voto de pasar el resto de su vida sirviendo a los humillados y desatendidos. El único seminarista estadounidense de Lovaina tuvo una racha en él. "Al" fue desarmadamente directo e incluso obstinado, pero desde temprana edad, manifestó santidad. Al consagrar su vida esa noche a la Virgen de los Pobres en el lugar donde ella apareció, no habría vuelta atrás.

Después de su ordenación en 1957 en Washington D.C., donde fue criado por padres humildes y trabajadores, se le informó de la gran necesidad de sacerdotes en la Corea diezmada por la guerra. Escribió una carta expresando su disposición a apoyar como sacerdote joven. El obispo John Choi respondió: “Ven. Te necesitamos ahora en Busan”.

El 8 de diciembre de 1957, el "Padre Al" miró por primera vez los rostros de los coreanos pobres y vio "los ojos ardiendo con una expresión feroz, asustada y como de animales que están siendo cazados". Trató de decir annyeong (hola) a algunos niños y se sorprendió por lo que parecían respuestas animales. Algunos hablaron y escuchó terror en sus voces. Caminó más abajo y vio cabañas de ocupantes ilegales y niños carroñeros que se movían como zombies de un montón de basura a otro. Se metió en una cabaña llena, con cuatro hombres que habían contraído tuberculosis. El olor a excremento, basura y animales en descomposición flotaba en el aire.

Había entrado al infierno. Y suspiró - por desgracia, estaba en casa.

La luna de miel de su sacerdocio nació en la calle desgarrada.

A partir de entonces, durante 35 años, se convirtió como en un Atlas, agachándose y buscando almas en los huecos. Sabía que al colocar a los pobres en su espalda podrían estar más cerca de Dios, que finalmente comenzarían a comprender su amor por ellos. La causa de la canonización del Venerable Aloysius Schwartz está ahora bajo consideración.

"Se requiere fe del tipo más profundo para ver a Dios presente en la persona de los pobres", escribió durante su primer año en Busan, Corea. "Requiere la fe del centurión, por ejemplo, que pudo mirar la figura crucificada de Cristo en la cruz ... que era un leproso, como alguien golpeado por Dios, y decir: 'Verdaderamente, éste era el hijo de Dios . "

En el proceso de ayudar a sanar el alma de la Corea herida por la guerra, el "Padre Al" diseñó uno de los servicios más notables financiados no gubernamentalmente para los pobres en la historia del mundo. En una vida interrumpida por la enfermedad de Lou Gehrig (murió en 1992 a la edad de 61 años), el Padre Al mendigó por decenas de millones de dólares para construir hospitales,

dormitorios, salas de tuberculosos, orfanatos, gimnasios, escuelas e capillas. Su esquema eventualmente sacaría a casi 200,000 pobres de la pobreza extrema, muchos de los cuales vivían en basureros con nombres como Smokey Mountain y Ragpickers Camp en Corea y Filipinas.

Cuando la Madre Teresa recogía al moribundo de la calle, el Padre Al trataba de asegurarse de que nunca estuviera allí. Sabía que sí podía criar y educar a los pobres, que algún día podrían regresar para reconstruir su patria empobrecida. Las Villas de los Niños, instituciones católicas, ayudarían a convertirlos en contadores, contratistas, músicos, mecánicos e incluso sacerdotes o religiosas. Las posibilidades para el "hombre plenamente vivo" eran ilimitadas para el Padre Al, pero el trabajo para lograrlo era implacable y peligroso. Fue golpeado, acosado por pandillas, calumniado y acusado por un obispo de redirigir el dinero que habría ingresado en su propia diócesis.

“Siempre estoy bajo una presión interna extraordinaria con tantas decisiones, problemas, responsabilidades y preocupaciones. Parece que llevo una "corona de espinas" invisible ", le escribió a su compañera espiritual más íntima, una hermana carmelita llamada Madre Gertrudis. "Pero esta" corona de espinas "es una gracia y un privilegio. Nunca dejo de alabarlo y agradecerlo”.

El Presidente Ronald Reagan y el Papa San Juan Pablo II quedaron asombrados por el volumen de su trabajo para romper la pobreza, mismo que finalmente se instituyó en otros seis países. Dentro de una década de su inicio en Corea, más de un millón de personas se convirtieron en donantes de su misión, ahora encabezadas por World Villages for Children y guiadas por las hijas espirituales del Padre Al, las Hermanas de María. Consciente de cómo la gran cantidad de donantes podría dejarlo abierto a sospechas de malversación de fondos, se mudó a una choza y emprendió un estilo de vida ascético aún más intenso. Se parecía completamente a las personas a las que servía.

El Padre Al también sabía que su vocación carecería de vitalidad espiritual, que sería como un departamento gubernamental de justicia social, si no estuviera arraigada en la Virgen de los Pobres y en "Cristo, el hambriento". Entonces hizo lo que pensó que le pedirían: se comprometió con mortificaciones, con una intensa devoción a la Sagrada Eucaristía y a la oración, para actuar como semilleros. Rezaba diariamente el Rosario y atendía su oficina. Se aseguró de estar disponible para los pobres en todo momento.

Padre Dan Leary

Casi tres décadas después de la muerte del Padre Al, el Arzobispo Wilton Gregory le otorgó permiso al Padre Dan Leary, sacerdote durante 23 años en la Arquidiócesis de Washington, para pasar los próximos 2 o 3 años como Capellán de las Hermanas de María y sus comunidades en

todos los países del mundo donde están establecidas. El 6 de julio, aterrizó en Chalco, México, el hogar de las Hermanas de María para 3.300 adolescentes.

“Al principio de mi tiempo como seminarista fue una gracia para mí tener la oportunidad de pasar un tiempo con las Hermanas de María en Chalco. Fue un encuentro tremendo, increíblemente impactante”, dijo el Padre Leary. “Vi que las hermanas querían despertar en estos niños todo su potencial como hijos amados de Dios. Querían mostrarles quiénes eran, cuál era su propósito y su dignidad como seres queridos por Dios”.

El Padre Leary ha entrado en una dimensión nunca vista en Estados Unidos u Occidente. Para empezar, se ha encontrado con adolescentes sin teléfonos móviles ni auriculares. Todas rezan el Rosario a las 7 p.m. en lo que parece un coro armonioso que reverbera como colmenas orquestales de abejas. Algunos de los mejores instructores de México les imparten clases totalmente acreditadas y reciben la catequesis de las hermanas. Sus programas deportivos, músicos y orquesta se encuentran entre los mejores del país.

Los visitantes de las Villas de los Niños y de las Niñas con frecuencia informan de un tipo de alegría palpitante, acentuada por el conocimiento de que los niños fueron sacados de duras vidas de pobreza.

Muchos trabajaron en los campos, descalzos, a la edad de 8 o 9 años y regresaban a casa para no encontrar comida en la mesa. Casi todos han experimentado el miedo de no saber la fuente de su próxima comida. Durante los cinco años que las hermanas les tendrán, les enseñarán, alimentarán, catequizarán, jugarán, trotarán y rezarán con ellos, no se detienen. La elocuencia de su amor maternal, dado muy lentamente, tan tiernamente, aleja capa tras capa las heridas y horrores demasiado gráficos para este escrito.

"El tiempo aquí es como el perfume de Magdalena; es precioso para nosotros", dijo la Hermana Margie Cheong, hermana nacida en Corea y directora de las comunidades latinoamericanas. "Damos todo lo que somos a los niños".

Las hermanas conocen el secreto: el amor perseverante despierta los corazones hacia la curación. La congregación está dispersa en América del Sur y Central y en el Lejano Oriente como cálices derramados de la Sangre del Señor. Es un trabajo agotador. Las Hermanas de María son consideradas por muchos como una de las congregaciones más trabajadoras del mundo.

La Hna. Marinei, nacida en Brasil (pronuncia "Mar-en-ae"), es solo una de las 370 hermanas con las que trabaja ahora el Padre Leary. Ella describió lo que las hermanas deben hacer para elevar la vida de los niños. “Mis pensamientos, mis dolores, no son nada. Debo morir a todo para llenarme de Cristo [para servirles]”, dijo ella. “Vivir en la pobreza significa que debo aceptar una muerte segura ... ahora, no es fácil para mí, pero sé que necesito morir varias veces al día. Necesito dejar todo lo que soy”.

"Pero ese es el Evangelio: lo dejo todo: madre, padre, todo lo que tengo. Esto es lo que Jesús pide. Es difícil, pero estas dificultades son grandes regalos. Porque me permiten ofrecerme por completo a él y a estas chicas".

A lo largo de su ministerio, el Padre Leary se ha sentido atraído intensamente por los pobres y los quebrantados. Durante el cierre temporal de las parroquias en la primavera, el ex pastor de la parroquia de San Andrés Apóstol organizó la adoración eucarística y las oportunidades de confesión en el estacionamiento de la Iglesia y una caminata de 52 millas para recaudar fondos para los pobres. Ha trabajado junto a las Misioneras de la Caridad y las Comunidades de Semillas de Mostaza, que sirven a los discapacitados físicos. Cuando recientemente recibió donaciones de miles de hogazas de pan, realizó viajes de ida y vuelta de 120 millas para su recogida y distribución a centros, parroquias y despensas que sirven a familias de bajos ingresos en la Arquidiócesis de Washington.

"El Padre Al fue bastante sencillo y directo sobre la misión. Él dijo: "Creemos en Jesús, amamos a Jesús y hacemos lo que Jesús hizo", dijo el Padre Leary. "Cristo eligió vivir en la pobreza y morir en la pobreza. Sé que Mateo 25 fue una fuerza impulsora para la Madre Teresa y para el Padre Al. Supongo que es lo que me inspiró también: encontrar a Cristo en los pobres. Los pobres merecen padres espirituales que los amen".

"Estoy agradecido con Dios por llamarme. Estoy en paz. Él quiere algo más de mí. Sé que el Señor tiene un plan, así que se lo dejaré todo a Él".

Nota: World Villages for Children (WVC) es una organización sin fines lucrativos que apoya financieramente a las Hermanas de María mientras ayudan a los niños a liberarse de una vida de pobreza. WVC proporciona alimentos, vivienda, ropa, gastos médicos, educación católica y capacitación técnica a más de 20,000 niños en Villas de los Niños y Villas de las Niñas en siete países diferentes alrededor del mundo. Si desea donar a World Villages for Children, visite www.worldvillages.org/donate.